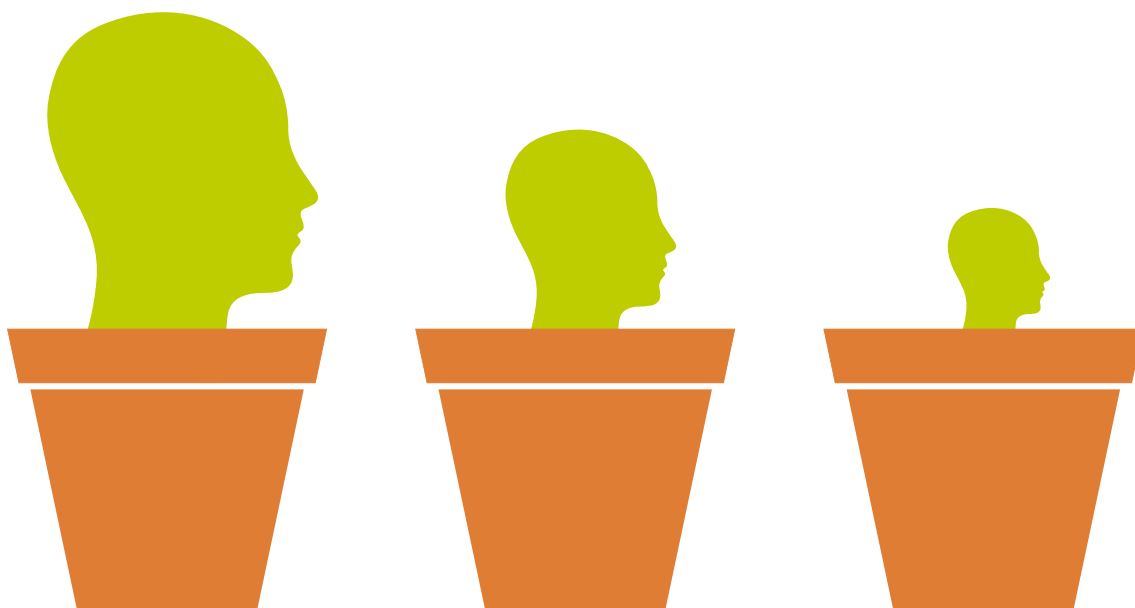


La crisis del pensamiento

J. L. Rodríguez García



“ Que el filósofo se haya convertido en algo así como un florero de geranios en las tertulias o en las columnas periodísticas es sabido. ”

Hablar de la “crisis del pensamiento” es, a todas luces, un magnífico despropósito, pues el pensamiento se fragua como tal poniendo en crisis, precisamente, el pensamiento vigente, aunque desconociendo con frecuencia que el pensamiento que viene a sustituir al que ha reinado durante décadas será la selecta y elegida víctima del pensamiento que ya está lustrando sus armamentos en la oscuridad. Ocurre con el pensamiento algo semejante a lo que hace años describió Bourdieu en relación al arte y la literatura: que, estrictamente, todo estilo o palabra literaria nace con una voluntad de exterminio —lo ejemplificaba

con suficiencia apuntando a Baudelaire— que, ay de mí, alimenta la voluntad de exterminio de quien habrá de aparecer en el horizonte. Y así debe ser, ya que gracias a esto no seguimos pensando como Platón o como Tomás de Aquino, y ni siquiera como Kant o Sartre, y la literatura ya no mira como canon a Homero o Dante.

Naturalmente, se podría llevar a cabo una catalogación, algo así como una taxonomización de las crisis, pues a nadie se le escapa la diferencia sustancial entre la crisis que afecta, por ejemplo, al pensamiento medieval al ser abatido sin contemplaciones por la maquinaria moderna y la crisis de la metafísica de nuestra gloriosa edad clásica —esa que discurre soberanamente entre Spinoza y Leibniz— cuando recibe el anatema kantiano. En el primer ejemplo no queda títere con cabeza, mientras que asistimos en el segundo a una sustitución reverencial, aunque en

verdad nada complaciente.

Llevamos algunas décadas oyendo hablar de nuevo sobre la “crisis del pensamiento”. Cuando se habla en tales términos no se apunta, claro está, al hecho de que el sujeto haya dejado de pensar —opinión que suscribo con temor ante el encuentro cotidiano con cabezas huecas y, para colmo, situadas en las tarimas más cuidadas como si la exhibición del cretinismo debiera convertirse en un acto social—, sino al fenómeno de que no existe un modelo de pensamiento transferible, comunitario, y mucho me temo, a la incómoda percepción de que quienes hacen del pensar su oficio invierten más horas en hablar de la *nouvelle cuisine*, de la tauromaquia o de Prada y la supremacía de las Rayban desde púlpitos tan menesterosos como las columnas de los diarios o las tertulias radio-televisivas. No hay programa que se precie que no tenga entre sus espantajos a un filósofo que acepta

con pecuniaria sonrisa hacer el payaso aventurando cuál sea la esencia del merengue hidrogenado. En esta alusión debe comprenderse que es el filósofo el que avala la crisis del pensamiento porque no hay oficio que pueda reivindicarse emitiendo juicios sobre lo divino y lo humano, y lo demoníaco y lo prehumano, y haciéndolo además como si no hubiera nadie en condiciones de enmendarle la plana.

Si ésta es la primera característica de *nuestra particular crisis del pensamiento* conviene señalar una segunda que considero más central. Y ésta no acelerada por la exigida y deseada omnipresencia del filósofo vidente. Suele argumentarse con frecuencia en espacios más restringidos que los recordados hace un instante que la evidencia innegable del fenómeno está corroborada por el hecho de que no encontramos entre nuestro presente voluntad de sistema, es decir, esfuerzo e interés por articular un horizonte omnicomprensivo. Platón lo hizo, y Hegel lo exigía, y el sentimentalmente destrozado Husserl lo pretendió con encono y entusiasmo. Pero se trata de muestras ejemplares fenecidas. Como no existe *voluntad de sistema*, escuchamos una y otra vez, la filosofía como discurso ha devenido en reflexión sobre aspectos secundarios, banales —se supone—, en una discursividad líquida y ambigua que se celebra más cercana a la literatura o la autobiografía, olvidándose que los *philosophes* del XVIII se empeñaron en transmitir su pensamiento en novelas como la incomparable muestra humorística y demoledora que es *Cándido* —envenenada con la mortífera ironía de Voltaire—, la diderotiana Santiago el fatalista o las muy leídas Emilio o La nueva Eloísa del escurridizo Rousseau. Pero lo que resultaba aconsejable para poner en circulación las nuevas ideas que —vaya por Dios— ponían en crisis un mundo ya obsoleto y podrido

por los ácidos de lo mortecino, se ha convertido en norma y buscada ejemplaridad. Nunca perdonaremos a Nietzsche que organizara las exequias de la filosofía y del pensamiento fuerte, anuncian los doloridos vocales que padecen feroces urticarias cuando oyen el nombre del irritable filósofo alemán, dicen y dicen como si el aludido pudiera removerse en su tumba ante las amenazas de quienes, tarde o temprano, le acompañarán en el mundo de los sigilos y de la noche.

“ Asistimos al descrédito de la palabra única, a su explosión, a la salida de la Filosofía de su gabinete para elegir como campo de maniobras la plaza pública donde hierve lo plural y la necesidad de la discordia. ”

Entiendo que estas son las dos características de *nuestra crisis de pensamiento*. Pues bien, parecerá lógico que deje a un lado la consideración de la primera versión de la crisis susodicha. Que el filósofo se haya convertido en algo así como un florero de geranios en las tertulias o en las columnas periodísticas es sabido. Un filósofo debe estar presente siempre, como también una mujer, por ejemplo, para que la intervención sea meritoria. Pero es que los filósofos quieren estar: ciertamente, algunos por mundanas aspiraciones crematísticas, pero muchos porque han llegado a creer que, efectivamente, nada mejor que una infusión de filosofía para que se entienda por qué nos gusta más la carne de lechal que la de caballo o por qué el balón con el que nuestros gladiadores combaten a lo largo y ancho del mundo tiene que ser, precisamente, redondo.

Dejando socarronerías a un lado, es evidente que el discursar filosófico tertuliano y periodístico no da para mucho. Al fin y al cabo, y resulta sabido, es norma no poder escribir más de 5000 caracteres, pongamos por caso, o hablar más de dos minutos, situación en la que resulta sumamente complicado explicar o convencer de algo a alguien. De modo que podría concluirse que es el propio filósofo quien está gestando la burla sensata sobre esa sombra que habla del merengue como si estuviera hablando de la inmaterialidad de lo divino. En fin, una catástrofe.

Más interesante es el segundo aval acerca de la crisis del pensamiento. Es indudable que no se vislumbran teorías totalizadoras. Desde Husserl o Sartre no parecen ofrecerse sino vestigios de aproximación, trazas de marca parcial y siempre introductoria. Ausencia de sistema, ergo *crisis del pensamiento*, de modo que sería indudable la pertinencia de suscribir la *crisis del pensamiento*.

Ahora bien, por qué vincular ausencia de sistema y crisis del pensamiento... Téngase en cuenta que quienes exigen la urgencia de Sistema para poder hablar de Pensamiento son quienes orientan su esfuerzo a la consecución de un Sistema. Y, entonces, no resultaría extraño que quienes abominan de las pretensiones totalizadoras del Sistema hablen de la falacia de la pretensión omnicomprensiva. *Pero se piensa...* Lo cierto es que asistimos al descrédito de la palabra única, a su explosión, a la salida de la Filosofía de su gabinete para elegir como campo de maniobras la plaza pública donde hierve lo plural y la necesidad de la discordia. Entonces, exigir la pesada presencia de un Sistema resulta exigencia sin sentido —como no sea el del totalitarismo que Popper denunciara con ardor.

De modo que es absurdo hablar de *crisis del pensamiento*. Lo pertinente es hablar de una *nueva forma de pensar*.